

E = mc² < pilar conejos

GONZALO UGIDOS

En su «catálogo de las ideas elegantes» incluía Flaubert la ridiculización de los alumnos aplicados como nuevo mester de hidalguía. Quedaba bien admirar a Stendhal, decir a propósito de una persona importante «¡Se lo sobrevalora», defender la esclavitud, admirar a Proudhon, tildar a Rabelais de basurero de la humanidad..., y... y... ridiculizar a los alumnos aplicados. Uno de los Goytisolo probablemente José Agustín- condujo sus carretas lírico-burlescas por esa senda y propuso, por reducción al absurdo, una educación sentimental en la que el único patrón áureo era el mandamiento inexorable del «no descollarás». Se lo decía su abuelito, se lo decía su papá: no basta con no tener éxito, es necesario no merecerlo. Lo demás vendrá por añadidura, porque -San Pablo, dixit- «Mirad los párajos del cielo, no dan un palo al agua y Dios nuestro señor los alimenta» (citado de memoria). Lo único que queda claro en el «Debrett etiquette and modern manners» (el último grito en materia de urbanidad y buenas costumbres) es que los niños deben aplicarse en aplicarse poco si quieren pasar por distinguidos hijos de buena familia. Lo que se lleva ya no es el eufemismo sofisticado de los venerables «colleges» sino la franqueza impertinente de los antaño mal educados hijos de la crápula y del arroyo. Resulta afectación -explica el Debrett- que un tierno infante ayude a una anciana a subir los peldaños del bus, es correcto, sin embargo, que la meta a empellones en el transporte colectivo mientras la apremia animosamente con expresiones como:

-«Coño, abuela, o se da usted prisa o tomamos todos las uvas con un cadáver.»

Tanto anda el tiempo cuanto desanda, dejó observado algún filósofo, y ello explica que al victorianismo «ad nauseam» de hace años, y que tuvo su mejor traducción en España en el «Camino» («¿Adocenarte tú? ¿Tú del montón? ¡No! Tú has nacido para ser parte del alto Estado Mayor de Jesucristo», vuelvo a citar de memoria porque con lo que me pagan por esto no da para andar levantándome de la silla) haya ahora sucedido lo que antes le precedió: la seducción por el buen salvaje de Rousseau, el mismo que dejó escrito en el «Emilio» que vuelvo a fiarme de la memoria «Resulta sumamente evidente que las corporaciones intelectuales de Europa no son sino escuelas públicas de mentiras y adarnes de damiselas, y con toda seguridad existen más errores en la Academia de Ciencias que en un poblado de indios hurones». Doy por supuesto que los tales indios debían de ser la más perfecta congregación de haraganes indoctos, el prototipo antropológico de la mala educación que, como es sabido, se predica siempre de los niños mal aplicados. Un niño hurón, por ejemplo, hacía novillos por sistema, es más, los propios maestros hurones explicaban en sus clases, en aulas sin encerado y sin paredes, en aulas que eran playas inmensas, las excelsas virtudes del absentismo escolar y las bondades que del faltar a clase día sí, día también, se derivaban para el chico y para sus progenitores. Más todavía, el gobierno de los indios hurones prohibió las escuelas, decretó la abolición de la escolaridad y empleó a los maestros para cazar conejos introduciéndolos como mustélidos en las madrigueras de los roedores.

Ya sin maestros, los niños hurones se escaparon al bosque tras un flautista loco venido de otro cuento y allí se desaplicaron más si cabe.

Con la insensatez proverbial de las gallinas aprendieron la inelegancia de las aves de corral e hicieron chistes y chacotas de la fatua solemnidad del vuelo del águila, crecieron asilvestrados y montaraces, cimarrones como la madre naturaleza y enlodados hasta las

cachas como los ríos. El apólogo manda que acabaron perversamente felices, inventando los nombres de las cosas, ahumando salmones y pillando conejos.

-«Bueno, bueno, pare usted el carro que me apeo en la próxima. ¿Se puede saber a dónde quiere usted llegar con esa moralina pestilente a contracorriente?» (Un lector que viene a sacarme del atolladero.)

-«Pues no sé, a ningún sitio supongo. Si yo, como el otro, sólo pasaba por aquí y quería decir, no más, que gracias sean dadas a Dios porque Pitagorín y el repelente niño Vicente han sido al fin destronados. Ya no es sólo más productivo, es también más elegante aprender a pillar conejos que conocer la fórmula de energía cinética que, como sabe el refranero español, viene a decir que el movimiento se demuestra andando. O, quedó dicho, pillando conejos.